



GUSTAVO DEJTIAR • OSCAR BARNADE

# 1986

## LA VERDADERA HISTORIA



# 1986 la verdadera historia

# 1986 la verdadera historia

Gustavo Dejtjar  
Oscar Barnade

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

1. La Génesis

2. El capitán del milagro

3. Nuestra fe

4. Mi enfermedad

5. Primer paso

6. La felicidad

7. Generación VHS

8. Personas comunes

La era Bilardo, Primera etapa (1983-86)

Agradecimientos

Imágenes

Dejtjar, Gustavo  
1986 : la verdadera historia / Gustavo Dejtjar ; Oscar Barnade. - 1a ed .  
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2016.  
Libro digital, EPUB  
Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-950-49-5353-1  
1. Historia Argentina. I. Barnade, Oscar II. Título  
CDD 982

© 2016, Gustavo Dejtjar y Oscar Barnade,

basados en el guión original de la serie 1986, la historia detrás de la copa de Christian Révoli, Ariel Scher y Gustavo Dejtjar para el Banco Audiovisual de Contenidos Universales Argentinos

Diseño de cubierta:

Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Foto de tapa: Bob Thomas/Getty Images, El Gráfico y Archivo La Nación

Todos los derechos reservados

© 2015, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: agosto de 2016

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5353-1

*A Paloma y João, que me hicieron campeón del mundo.*

*Al talentoso Christian Révoli, que un día me llamó para pedirme el CV y un servicio a mi nombre y arrancamos una de las más hermosas e insospechadas aventuras que me deparó mi carrera.*

**G. D.**

*A Lili, mi llama olímpica.*

*A Flor y a Zequi, pequeños gigantes.*

*A Coca y a Berny, mis viejos, siempre vigentes.*

*Al Rusito Fernando Gourovich, porque se fue demasiado pronto y se lo extraña.*

*A todo el equipo deportivo que lideraba Víctor Hugo Morales en 1986 en Radio Argentina y a mis compañeros de la revista Sólo Fútbol. En ambos medios compartí mi primera experiencia periodística durante un mundial.*

**O. B.**

*A la memoria de Tito Benrós.*



## Capítulo 1

# La Génesis

La primera determinación de Carlos Bilardo como entrenador de la Selección: que Diego Maradona sea quien lleve el brazalete de capitán.

(Getty Images)



**César Luis Menotti bajó hecho una furia** de su oficina del quinto piso de la AFA.

—¿Quién me hizo firmar esto?

El hijo de un empleado de la AFA, de apellido Ruggeri, había sido secuestrado por un comando militar en Lanús, y estaba desaparecido. En su desesperación, Ruggeri, que tenía contactos con Madres de Plaza de Mayo, le había pedido a Menotti autorización para poner su nombre en una solicitada por la «Aparición de los detenidos desaparecidos», que saldría el 12 de agosto de 1981 en el diario *Clarín*. Junto a la de Menotti iban a estar las de Adolfo Pérez Esquivel, Alicia Moreau de Justo, Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, entre muchos otros, políticos, actores y sacerdotes. Incluso, al lado de Menotti, firmaba Carlos Saúl Mennen (sic). Menotti había dado su aprobación oral para aparecer, pero no lo recordaba. Y tampoco había intuido el impacto que esa solicitada iba a tener.

—Este chico está loco, ahora me firma esta solicitada... yo ya no sé cómo defenderlo.

En el tercer piso, fotocopia en mano, Julio Humberto Grondona buscaba respuesta. Se adivinaba a las puertas de un problema difícil. Pesado. De plomo, como aquellos años. Sabía que tarde o temprano ese recorte con la solicitada que ahora tenía en sus manos iba a caer en las del «Capitán Piluso». Cuando Ruggeri, el empleado de la AFA, entró a la presidencia, notó que Don Julio estaba punto de explotar. Cualquier palabra podía significar el corte del cable rojo o el del cable verde. Y no tenía idea de cuál de los dos haría detonar al ferretero de Sarandí.

—Pará, Julio. ¡A esta solicitada también la firmó Borges!

—¡¡¡Pero quién carajo es Borges, quién mierda lo conoce a Borges!!! ¡¡¡Este es el campeón del mundo, mirá el quilombo en el que me metió!!!

El ex dirigente de Independiente de Avellaneda llevaba tan solo 24 meses al frente de la casa madre del fútbol argentino y conocía de memoria la mirada espesa del vicealmirante Carlos Lacoste y la interna entre el técnico y el marino. Lacoste había sido el brazo ejecutor de Emilio Massera en el Mundial 78, el torneo que Massera soñaba como trampolín para ser un esta-

dista, para ser Perón. El jefe de la Marina no solamente tuvo que ganar la pulseada interna con el Ejército, representado por Jorge Rafael Videla en la Junta Militar, sino que también necesitaba al frente de la Copa del Mundo a un hombre de confianza que llevara adelante la organización. Desde la construcción y la reforma de estadios, canales de televisión y carreteras, pasando por el control de los medios, todo pasaba por la mirada de Lacoste, que era el vicepresidente del EAM 78 (Ente Autárquico Mundial 78). En los papeles era el dos, aunque haya sido siempre la cara visible y el hombre fuerte de la entidad ante el mundo. El Mundial era Lacoste.

El estatuto del EAM 78, a pesar de ser un organismo que trabajaba con dineros públicos, establecía no rendir cuentas, ni al Estado ni a la AFA. Por eso el énfasis en la autarquía. Por eso el vía libre ya estaba impreso desde su nombre. El desfalco se conoció dos años después del regreso de la democracia, en 1985. Un Mundial pensado por 250 millones de dólares costó 550.

Cuando Menotti decidió que sí, que a pesar del Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 seguiría en el cargo si respetaban sus planes, tuvo que elegir adónde instalarse para armar su plan estratégico de cara al Mundial en casa. Inmediatamente pensó en la quinta de la Fundación Natalio Salvatori, un predio de dos manzanas en José C. Paz, que tenía dos canchas de fútbol profesionales, cancha de tenis, bochas, billar, pileta, una capilla y 22 habitaciones con baño y televisión, que había sido comprada y construida por el mismo Salvatori, un farmacéutico, pelotari y ex jugador de la primera de Argentinos Juniors de la década del 30.

Lacoste, que no solamente veía en lo que rodeaba al Mundial 78 el salto de su jefe a la presidencia, sino la posibilidad de un negocio, sugirió para la Selección la quinta de un amigo, ubicada en San Isidro, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Esa primera pulseada entre el marino y el entrenador la ganó el rosarino fumador, que salió de Central pero dirigió a Newell's con el Gitano Miguel Ángel Juárez, y que había llevado al título del Metropolitano 73 a un vistoso Huracán. Lacoste sabía que lo necesitaba de cara al Mundial y no podía tensar la relación de movida. Y cedió.

Cuando en la previa del Mundial el EAM organizó una sus primeras reuniones, en las que se invitaba a los periodistas, un camarada de armas le cuestionó al vicealmirante: «¿Y qué hacemos con Menotti y sus ideas comunistas?» Lacoste cruzó los brazos y levantó los hombros: «¿Y eso qué tiene que ver?» Los lazos no eran ideológicos sino deportivos. Lacoste creía que Menotti podía llevar a la Argentina a su primer título mundial. Un matrimonio por conveniencia.

Fanático de River y jugador de sus divisiones inferiores, el «Capitán Piluso», como lo apodaba el mundo del fútbol a Lacoste, tenía una debilidad por Norberto Osvaldo Alonso, el fino diez de River. El Beto fue la causa del segundo roce con el entrenador. Menotti lo había convocado en 1975, antes de que se fuera a jugar al Olympique de Marsella francés. Pero tres años después, cuando Alonso pedía un lugar de nuevo en el equipo argentino, el Flaco tenía el puesto cubierto con Daniel Valencia, de Talleres de Córdoba, su 10 preferido; Julio Ricardo Villa, de Racing; Mario Alberto Kempes, el único campeón del 78 que jugaba en el extranjero, en el Valencia español, y el joven Diego Armando Maradona, que había debutado el 20 octubre de 1976, antes de cumplir los 16 años, en la primera de Argentinos Juniors.

«Me preparé para jugar ese Mundial. Ese año fui el goleador. Creo que hice 13 goles en 12 partidos...» Alonso cree mal. Hizo 15 en 14 encuentros. «Ahí viene la presión de la gente, del periodismo y de otros sectores. Y me tuvieron que convocar. Creo que se deschava un poco solo el Flaco. Porque cuando llego a la quinta de Salvatori, me saca a caminar y me dice: "Mire, nene, a usted no lo puso la gente, ni el periodismo... lo puse yo". Y yo sé que él no me convocó, lo sabe todo el mundo que a mí me llevó Lacoste».

Luego de la gloria que contagió el Mundial ganado en el 78, sin Maradona en el equipo pero con Alonso, el poder de Lacoste aumentó. No solo pasó a ser el dueño del fútbol, sino que amplió su dominio a toda dirigencia deportiva. En 1979, cuando el abogado y socio del Jockey Club Alfredo Cantilo decidió dejar el sillón del tercer piso de la AFA, fue el todopoderoso hombre del mar quien tuvo que encontrarle un sucesor. Walter Clos, uno de los periodistas que más caminó en aquellos años el edificio de Viamonte 1366 (un antiguo petit hotel

que se transformó en la sede del fútbol criollo en 1924), recordaba así la sucesión: «Lacoste manejaba tres alternativas. La primera era poner a Ignacio Ércoli, presidente de Estudiantes de la Plata, pero lo descartó por razones prácticas: “Está muy lejos La Plata para venirse todos los días hasta el centro de Capital”. El segundo fue Rafael Aragón Cabrera, presidente de River, pero lo descartó por otras razones. Decía que Aragón “es un boludo... no puede manejar River, mirá si va a manejar la AFA”. Y se decidió por el tercero, el de Independiente: Julio Grondona, que vivía cerca y al que Lacoste creía un tipo firme y de su confianza».

Don Julio había fundado Arsenal de Sarandí en 1957 junto a su hermano Humberto, y fue su presidente desde su creación hasta 1976. Casi 20 años al frente del club. Un verdadero anticipo de lo que le gustaba permanecer en los sillones. También había decidido que Arsenal utilizara los colores rojo y celeste, en honor a los dos equipos grandes de la zona de Avellaneda, Independiente y Racing. Otro anticipo. El de su muñeca política. De la presidencia de Arsenal se fue para ser presidente de Independiente. Y de Independiente, tres años después, saltó a la presidencia de la AFA, donde ya era secretario de Hacienda. Siempre un escalón hacia arriba.

En 1979 Grondona ya se movía por donde debía moverse: frecuentaba los pasillos y los vestuarios, conocía a la dirigencia y entendía los guiños del fútbol que se impondrían con el tiempo. Fue un precursor incluso en caminar los grises legales. Como la AFA no intervino de manera directa en la organización del Mundial y en la contratación de proveedores, el dirigente de Independiente había sido uno de los principales proveedores de materiales, a través del corralón de su familia en Sarandí, para la reconstrucción del estadio de River durante 1977.

Pero Lacoste no era el único que había ganado poder tras el 78. Menotti, también. Daniel Passarella, el primer argentino en tocar como campeón mundial el trofeo de oro de 18 quilates con una base de malaquita y las dos figuras que sostienen la Tierra, confirma que el Flaco estaba en su mejor momento: «Menotti fue el mejor entrenador del mundo entre 1974 y 1978. Y el Flaco es un tipo muy inteligente, ha leído mucho, es muy culto. Pero yo creo que la mayoría de los argentinos que

tuvimos un momentito de aquellos, de gloria tan grande, se la creyeron. Y yo me incluyo entre ellos. Un argentino sale campeón del mundo, y es muy difícil que no se la crea. Porque Argentina es un país muy particular. Después del 78, él un poco empieza una pelea contra el gobierno, una pelea que estaba en todo su derecho de tenerla; y también una pelea en contra de los periodistas, por su empecinamiento en jugar al achique, en tirar siempre el offside. Todo eso fue lo que hizo que él bajara su nivel como técnico, porque estaba más preocupado en esas peleas que en lo que tenía que hacer con el equipo».

«Me sentía Gardel», llegó a decir Menotti en aquellos años. Aunque el recuerdo de esas palabras hoy lo pongan incómodo, como algo arrepentido, pero no del todo: «Noooo, ¿yo sabés lo que sentí? Yo fui el tipo más feliz del mundo, el más feliz del mundo. Eso no me lo pueden quitar nunca, y lo que te voy a contar no tiene que ver con el fútbol».

Aún flaco y encantador en su discurso, el César intenta hacer equilibrio entre los distintos menottis del imaginario popular: el Menotti que se creyó Gardel, el Menotti zurdo que firmaba solicitadas por los desaparecidos, y el Menotti que fue técnico del equipo que recibió la copa del mundo de manos de Videla: «Yo nunca pedí un autógrafo en mi vida, solamente le pedí una vez uno a Mercedes Sosa, cuando era pibe, mientras ella estaba comiendo en el río de Rosario con su familia. Treinta y cinco años después, a días de que Galtieri me fuera a visitar de sorpresa a la concentración antes del Mundial 82, en Mar del Plata, vuelve la Negra Sosa a cantar después del exilio». Menotti sigue caminando sobre el alambre tensado, vara en mano: «Te recuerdo que a mí me pasaron factura por el acercamiento protocolar con los militares y por ese saludo con Galtieri, que, repito, fue una sorpresa. Entonces, la llamo por teléfono a mi mujer y le digo que saque entradas para ir a ver a la Negra, pero ella no estaba muy convencida. "¿Te parece que vamos a ir a verla?" "Sacá entradas, para mi mamá, para vos, para el pibe más grande y para mí", le digo. Entro al teatro, que explotaba, sale la Negra Sosa y dice: "El primer tema lo voy a cantar en agradecimiento a alguien que ha luchado mucho para que yo pueda estar acá. Voy a cantar la *Milonga a los hermanos* y se la voy a dedicar a mi amigo, César Luis Me-

notti, que está sentado con su familia". Estalló el teatro, nunca recibí un halago así, te lo juro... nunca».

Para Grondona, la firma de aquella solicitada por parte del técnico de su Selección fue un mazazo. El poder de Lacoste no decaía y desde su búnker, el Taller de Electrónica Naval en Palermo, el marino llevaba el control de todo. Un Gran Hermano, no televisivo sino orweliano, donde su omnipresencia era la base de la represión y el control. El militar tenía los recortes que criticaban al EAM, también las grabaciones de radio comprometedoras. Citaba a los dueños de los medios para hablar de la actualidad del país y a los jugadores que complicaban las firmas de sus contratos con los clubes. Esa fue la sede del apriete a Ubaldo Fillol cuando el arquero no quiso renovar con River por la plata que le ofrecía Aragón Cabrera. «A mí me llevaron engañado. Me subieron a un auto de una revista que no quiero nombrar, porque me dijeron que estaban interesados en hacerme una nota con Lacoste. Llegué al lugar, me apuntaron unos milicos y me llevaron a hablar mano a mano con él. Sacó un revólver, lo puso arriba de la mesa y dijo: "Si usted no firma el contrato por lo que dice River, no juega más al fútbol. Y usted sabe que en River mando yo"», cuenta todavía con algo de sorpresa el Pato Fillol, 35 años después, aún sin querer nombrar a la revista *El Gráfico*.

Cuando apretaba a la prensa, Lacoste también se sentía a gusto. Y lo hacía siempre en el mismo lugar. Futbolero, jugaba mejor de local, en su reducto, en su cancha de Palermo. Hasta allí llegó en octubre de 1980, más visitante que nunca, Benedetto Mosca, un italiano que era dueño de la revista *Goles*, una publicación que solía ser crítica con Menotti y se daba el lujo de serlo también con el gobierno militar. Pero el lujo llegó hasta el día en que tuvo que visitar a Lacoste. El marino lo esperó con una serie de recortes de revistas, la mayoría firmadas por el periodista Carlos Ares, y una nota titulada «Gol argentino», con Adolfo Pérez Esquivel, que había sido recientemente ganador del Premio Nobel de la Paz. Quizás por tratarse de una revista deportiva, esa nota había logrado burlar la censura militar. Las denuncias periodísticas de Ares por corrupción en el Mundialito de Uruguay, del que Lacoste había sido parte de la organización, ayudaron a terminar con el lujo de la crítica de una manera bastante abrupta. «Si usted no echa a este tipo,

después no se queje si le ponen una bomba en la redacción», advirtió Lacoste para cerrar el encuentro con Mosca, sin lugar para la lectura entrelíneas. El italiano volvió pálido a la redacción de *Goles* y lo llamó a Ares: «Hacete el bolso y andate ya del país. Yo en Italia traté con lo peor de la mafia del sur, pero nunca vi nada como esto».

Durante 1981, poco tiempo después de haber sido por 11 días presidente interino de la Nación (entre el general Roberto Eduardo Viola, removido por una supuesta enfermedad, y su sucesor, el también general Leopoldo Fortunato Galtieri), Lacoste tuvo una reunión en un tono diferente con el periodista Claudio Escribano, luego director del diario *La Nación*. Mientras charlaban sobre la incipiente crisis y de la falta de credibilidad de la Dictadura a los ojos de la sociedad, Lacoste comenzó a jugar con un llavero y sin mirarlo sorprendió al periodista: «Esto se arregla muy fácil, Escribano, invadiendo Malvinas».

Menotti fue al Mundial 82 como Gardel. Muy pocos cuestionaban su poder y su enfoque del fútbol. Pero con una parte del periodismo, con el mismo Grondona e inclusive con algunos jugadores del plantel, la relación había comenzado a deteriorarse. Era muy mal visto, por ejemplo, que viajara en Primera, mientras el resto del grupo lo hacía en Clase Turista.

La invasión argentina a Malvinas a dos meses de jugarse la Copa del Mundo España 82 fogueó y tiñó el Mundial con los tonos bélicos. La propaganda oficial vociferaba a los cuatro vientos: «Argentinos a vencer». Y eso valía para todo. Las tapas de las revistas deportivas se vestían de celeste y blanco, e incluso no faltó el afiebrado periodista que propuso jugar un «clásico en las islas a beneficio de las tropas», una idea que fue tapa de *Goles*. Esa absurda fusión guerra-mundial generó una expectativa inusitada. Además, al equipo campeón del mundo que mantenía sus cracks del 78, se sumaba la promesa del fútbol mundial, el «Pelé blanco», Diego Maradona, que había quedado afuera del 78, días después de que Alonso entrara en su lugar, de apuro, en la Selección de Menotti.

Mientras los soldados argentinos luchaban cuerpo a cuerpo en uno de los combates finales, en Monte William, el 13 de junio, la Selección debutaba en el Camp Nou de Barcelona. Y con el 0-1 ante Bélgica, empezaba a entreverse que el campeón del mundo ya no era el campeón del mundo.